

RIQUEZA ESPIRITUAL DE LA MISIÓN



Cuando uno habla de las misiones y de los misioneros que se va a lejanas tierras, enseguida pensamos que tienen que meterse en otra cultura totalmente diversa a la suya y comenzar a desenvolverse como si fuera la suya. En muchos casos, esas culturas de pueblos autóctonos son muy ricas en aspectos y valores que nosotros ya no les damos mucha importancia, tales como el buen humor, la solidaridad ante la desgracia y la hospitalidad con el forastero, entre otros.

En Africa, por ejemplo, muchos pueblos tienen una cultura muy elaborada, y una prueba de ello son las diversas lenguas que hablan con un vocabulario rico y profundo. Cuando un misionero, laico o religioso, llega a esos países africanos, lo que más le llama la atención es su sencillez. No tiene nada que ver su pobreza material con su inmensa riqueza espiritual.

Cuenta un misionero que cuando llegó por primera vez Burundi, en el corazón de Africa, un veterano misionero le dijo: “ya se que vosotros los jóvenes tenéis un gran entusiasmo por cambiarlo todo, pero antes de enseñar, escucha y aprende; antes de hablar ten la humildad de escuchar un poco”. Y así lo hizo durante los largos años que estuvo en Africa. Esta actitud le sirvió para descubrir que aquellas personas tienen una gran profundidad espiritual.

El africano es un creyente por naturaleza. Ellos saben que hay un Dios e incluso muchos rezan siguiendo la tradición de sus religiones primitivas. En los últimos 50 años, la Iglesia ha hecho todo lo posible para hacer compatibles sus creencias con los sacramentos y la liturgia, especialmente a partir del Primer Sínodo Africano.

A principios de siglo, cuando empezó a introducirse el cristianismo en Africa, los misioneros iban con la idea de que allí sólo creían en demonios, que tenían muchas supersticiones, incluso en algunos lugares cambiaron la Palabra de Dios para que no la asociasen con sus creencias.

Las Iglesias de América son mucho más antiguas que las de Africa. Allí la fe se expandió casi por todo el continente con la llegada masiva de misioneros a raíz de la colonización española y europea del continente.

El pueblo latinoamericano se caracteriza por su profunda espiritualidad y su religiosidad. Ello hace que las celebraciones litúrgicas tengan un colorido especial en lo externo y mucho sentimiento a la hora de vivirlas.

Muchos misioneros somos 'catequizados' por esos pueblos que tienen una vivencia de valores muy digna de tener en cuenta para nuestras viejas cristiandades de Europa donde el bienestar, el consumismo y el librepensamiento están influyendo de forma decisiva en el comportamiento de la persona en esta parte del mundo.



Otra realidad que es característica de muchas Iglesias jóvenes, es que los laicos tienen mucha participación en la vida de la Iglesia. Existen en esos países muchos movimientos de Iglesia de gente que va a visitar enfermos, se reúnen en las familias y comentan el Evangelio. En muchas comunidades cristianas, los laicos son los auténticos gestores de la comunidad, sobre todo, allí donde la falta del sacerdote es más grande.

El catequista en esos pueblos es fundamental. De hecho, sin ellos el misionero no podría llegar a todos. Ellos son los que continúan la labor evangelizadora de forma continuada.

Un tema importante en la actividad de los misioneros son las dificultades que pueden tener en su esforzada labor. Según el testimonio de muchos de ellos, cuando uno está en Africa no piensa en las incomodidades que le rodean. Las dificultades se van superando una a una, poco a poco.

También ayuda mucho la fraternidad que hay entre los misioneros. Cuando uno tiene un problema lo comunica al otro y se hace más liviano. De todas formas, muchas veces se puede experimentar el desánimo, pero la fuerza del vivir y evangelizar en comunidad, hace que esta tarea hecha con fe, produzca los frutos de la conversión esperada; ya sea al momento y años más tarde.